

ARTHUR SCHOPENHAUER: GENIALIDAD Y LOCURA

[ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, Libro Tercero, “El mundo como representación. Segunda consideración. La representación al margen del principio de razón: la idea platónica: el objeto del arte”. Traducción, introducción y notas de Roberto R. Aramayo, Alianza Editorial, 2023¹², vol, 1, pp. 380-385]

[...] Que la genialidad y la locura tienen una tenue frontera por la cual se transita de un lado al otro es algo que se ha observado muy a menudo, e incluso la inspiración poética ha sido calificada como una suerte de locura: *amabilis insania* [gentil demencia] la llama Horacio [*Carmina* III, 4] y *benigna locura* Wieland al inicio del *Oberon*. Incluso Aristóteles debe de haber dicho, según cita Séneca (*De tranq. animi*, 15, 16) [El pasaje correcto es *De la tranquilidad del alma* XVII, 10, núms. 15, 16]: *No ha habido ningún gran genio sin su mixtura de demencia*.

En el citado mito de la oscura caverna (*República* VII) Platón viene a decir lo siguiente: *Aquellos que han visto la verdadera luz del sol y las cosas realmente existentes (las ideas) fuera de la caverna, una vez que vuelven a ella no ven bien, puesto que sus ojos se han desacostumbrado a la oscuridad, ni reconocen las siluetas allí abajo y en su desconcierto son objeto de burla por parte de quienes nunca salieron de la cueva ni perdieron de vista esas sombras*. También dice en el *Fedro* (p. 317 -de la edición Bipontina) que sin una cierta locura no se puede ser un poeta genuino e incluso (p. 327) que cualquiera que reconoce las ideas eternas en las cosas transitorias aparece como demente.

Cicerón también alude a ello: *Pues Demócrito afirmaba que no puede darse un gran poeta sin locura, y eso mismo dice Platón (De divinatione I, 37 [80])*.

Y finalmente dice Pope: *A buen seguro el ingenio está estrechamente liado [no “ligado”] con la locura, y delgadas son las paredes que dividen sus lindes* [En realidad la cita es literalmente de John Dryden: *Absalom y Aquitofel* I, 163 (Edimburgo, 1777). Alexander Pope, sin embargo, escribió lo siguiente: *¡Cuán aliados están el recuerdo y la reflexión; qué delgadas paredes dividen al sentir del pensar!* (*Ensayo sobre el hombre*, ep. I, 225).

Particularmente instructivo en este sentido es el *Torcuato Tasso* de Goethe, en donde se nos pone ante los ojos no sólo el padecimiento, ese martirio consustancial al genio como tal, sino también su continuo tránsito hacia la locura. El hecho de la inmediata vecindad entre genialidad y locura se ve confirmado en parte por las biografías de hombres harto geniales como Rousseau, Byron o Alfieri y por las anécdotas de la vida de otros; en parte, por otro lado, he de mencionar que, en mis frecuentes visitas a manicomios, he encontrado algunos sujetos con grandes e innegables predisposiciones, cuya genialidad se vislumbraba claramente a través de la locura que aquí había conseguido prevalecer por completo. Esto no puede atribuirse al azar, porque por una parte el número de locos es proporcionalmente muy pequeño, pero por otra la aparición de un individuo genial en la naturaleza es enormemente excepcional y por ello merece una rara estima muy superior a la habitual; esto es algo de lo que uno puede convencerse calculando los grandes genios efectivos que la cultivada Europa ha producido en la Antigüedad y en la época moderna, contabilizando únicamente a quienes legaron obra que han conservado a través de los tiempos un impercedero valor para la humanidad: compárese su escaso número con los doscientos cincuenta millones que viven establemente en Europa y se renuevan cada treinta años.

Tampoco quiero dejar de mencionar que he conocido a cierta gente con una gran superioridad intelectual acaso no eminente, pero sí rotunda, que al mismo tiempo delataban un ligero viso de demencia. Conforme a ello, pudiera parecer que toda elevación del intelecto por encima del promedio ordinario es algo así como una anormalidad que predispone a la locura. En este orden de cosas, quisiera exponer lo más brevemente posible mi opinión sobre el puro motivo intelectual de ese parentesco entre genialidad y locura, pues esta discusión contribuirá sin duda a explicar la auténtica esencia de la genialidad, esto es, de la única propiedad del espíritu que puede crear genuinas obras de arte. Pero esto hace necesario un breve examen de la locura misma.

Que yo sepa no se ha dado todavía una clara y cabal comprensión de la naturaleza de la locura, un concepto claro y preciso del demente que lo diferencia estrictamente del cuerdo. A los locos no se les puede negar ni razón ni entendimiento, pues hablan y escuchan e incluso argumentan muy correctamente; por lo general tampoco dejan de apreciar correctamente lo presente ni dejan de entender la conexión entre causa y efecto. Las visiones y hasta los delirios febriles no suelen ser un síntoma de locura: el delirio falsea la intuición; la locura, los pensamientos. Por eso la mayoría de las veces los locos no yerran en el conocimiento de lo inmediatamente *presente*, sino que su desvarío se refiere siempre a lo *ausente* y al *pasado*, y sólo por ello a su relación con el presente. Por eso me parece que su enfermedad alcanza particularmente a la *memoria*, no ciertamente porque les falte, ya que muchos recitan cosas de memoria y a veces reconocen a personas que no han visto desde hace mucho, sino que más bien se rompen los hilos de la memoria y, al suprimirse su hilazón consecutiva, se imposibilita la coherencia en los recuerdos del pasado. Algunas escenas del pasado se mantienen correctamente, al igual que las del presente, pero en su evocación hay lagunas que rellenan entonces con ficciones, las cuales o bien son siempre las mismas y se convierten en ideas fijas, sumiéndoles entonces en la melancolía, o bien son siempre distintas, ocurrencias ocasionales que dan lugar a lo que se llama chifladura, *fatuitas* [fatuidad]. Por eso resulta muy difícil preguntar a un loco por su vida anterior cuando ingresa en un manicomio. En su memoria se confunde cada vez más lo verdadero con lo falso. Aunque conozca correctamente el inmediato presente, éste quedará falseado por la ficticia conexión con un pasado imaginario: se toman a sí mismos y a otros por personas que sólo existen en su ficticio pasado, no reconocen a sus allegados tejen falsas relaciones entre quienes tienen delante con los ausentes. Al agravarse la locura, se origina una total falta de memoria, en virtud de la cual el demente es incapaz de atender en modo alguno a lo ausente o al pasado, sino que se ve determinado tan sólo por el antojo del momento, asociado con las ficciones que en su cabeza llenan el pasado; entonces quien está con él, si no le hace ver continuamente su superioridad, podría verse maltratado o incluso asesinado en un momento dado.

El conocimiento del demente tiene algo en común con el del animal, y es que ambos se ven circunscritos al presente, pero lo que les diferencia es esto: el animal no tiene propiamente ninguna representación del pasado como tal, aunque éste incida sobre el animal por medio del hábito y por eso el perro reconoce a su anterior amo incluso varios después, porque su aspecto le produce la impresión habitual sin que tenga ningún recuerdo de él durante los años transcurridos; por el contrario el loco siempre lleva en su razón un pasado en abstracto, aunque se trate de un pasado falso que sólo existe para él, ya sea todo el tiempo o sólo ahora; el influjo de este falso pasado le impide también servirse del conocimiento que tiene sobre el presente, tal como hace el animal.

Que un intenso sufrimiento espiritual o atroces sucesos inesperados ocasionen con frecuencia la locura, me lo explico del siguiente modo. Un sufrimiento semejante siempre se halla, en cuanto suceso efectivo, circunscrito al presente, o sea, que sólo es transitorio, y en esa medida no resulta excesivo; sólo se vuelve exagerado al convertirse en un dolor permanente, pero como tal sólo es a su vez un pensamiento y por eso reside en la *memoria*; si esta aflicción, un saber o un recuerdo doloroso es tan angustioso que se vuelve absolutamente insoportable y el individuo sucumbe a él, entonces la acongojada naturaleza se aferra a la *locura* como al último recurso para salvar la vida; entonces el espíritu excesivamente atormentado rompe los hilos de su memoria, por decirlo así, llena las lagunas con ficciones y huye del dolor espiritual que sobrepasa sus fuerzas buscando refugio en la locura -al igual que se amputa un miembro gangrenado y se lo sustituye por uno de madera-. Como ejemplos cabe aducir al enfurecido Áyax, al rey Lear y a Ofelia, pues son criaturas de auténtico genio, que pueden equivocarse aquí como universalmente conocidas y en verdad similares a personas reales; por lo demás la experiencia real suele mostrarnos esto mismo con suma frecuencia. Un débil análogo del tránsito del dolor hacia la locura es el que todos nosotros, al asaltarnos repentinamente un recuerdo penoso, intentamos disiparlo con vehemencia de un modo mecánico, ahuyentándolo mediante una exclamación o un gesto que nos distraiga del mismo.

Vemos a los locos reconocer correctamente el presente y también algunos hechos aislados del pasado, pero ignorando su trabazón, las relaciones en juego, por lo cual yerran y deliran; éste el punto de contacto con el individuo genial, pues también éste abandona el conocimiento de las relaciones que es conforme al principio de razón, para ver y buscar en las cosas sólo sus ideas, captando intuitivamente la auténtica esencia que se manifiesta en ellas, con respecto a la cual *una* cosa representa a toda su especie y por ello, como dice Goethe, un caso vale por mil; también el genio pierde de vista el conocimiento de la conexión entre las cosas; el único objeto que escudriña, o el presente que capta con extrema viveza, aparecen bajo una luz tan clara que es como si los restantes miembros de la cadena, a la cual pertenecen, quedaran oscurecidos en un segundo plano, y esto da lugar a una fenomenología que tiene una similitud largamente reconocida con la de la locura. Aquello que en las cosas efectivas sólo existe imperfectamente y está debilitado por las modificaciones, la perspectiva del genio lo eleva a perfección al remontarse desde ahí hacia la idea: de ahí que el genio vea por doquier lo extremo y justamente por ello su conducta guste de ser extremada; no sabe encontrar la justa medida, carece de sobriedad y el resultado es lo ya dicho. El genio conoce perfectamente las ideas, pero no conoce a los individuos. De ahí que, como ya se ha señalado, pueda conocer profunda y concienzudamente *al* hombre, pero muy mal *a los* hombres; es fácil de engañar y un juguete en manos de los ladinos [*Al genio un caso le vale por mil* (Goethe, *Historia de la teoría de los colores*, Galileo)].

[ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, Complementos al Libro Tercero, “Sobre la locura”. Traducción, introducción y notas de Roberto R. Aramayo, Alianza Editorial, 2023¹², vol, 2, pp. 524-529]

La verdadera salud del espíritu consiste en una cabal reminiscencia. Desde luego, esto no significa que nuestra memoria lo conserve todo. Pues el camino vital dejado atrás se contrae en el tiempo, al igual que el camino se contrae en el espacio cuando el caminante mira hacia atrás: a veces nos resulta difícil distinguir los años en su singularidad y los días se vuelven en su mayor parte irreconocibles. En sentido estricto, los únicos acontecimientos irreconocibles individualmente son aquellos acontecimientos iguales por completo y que se repiten innumerables veces, cuyas imágenes se superponen entre sí y se confunden en el recuerdo; en cambio, cualquier suceso peculiar o significativo tiene que encontrarse en el recuerdo, si el intelecto es normal, vigoroso y está totalmente sano.

En el primer volumen presenté la *locura* como un *desgarro* de los hilos del recuerdo, que merman en plenitud y claridad, aun cuando mantengan una sucesión regular. La siguiente consideración sirve para confirmar esto.

La memoria de alguien sano conserva sobre un suceso del cual ha sido testigo una certeza considerada tan firme y segura como la percepción actual de una cosa; de ahí que se haga constar ante un tribunal bajo juramento. Por el contrario la mera sospecha de locura debilita automáticamente la declaración de un testigo. He ahí el criterio entre la salud mental y la demencia. En cuanto dudo de si el suceso que recuerdo ha tenido realmente lugar levanto sobre mí la sospecha de locura, salvo que no estuviera seguro de que haya sido un simple sueño. Si alguien cuestiona la realidad de un suceso narrado por mí como testigo ocular sin desconfiar de mi sinceridad, me tiene por loco. Quien a fuerza de contar reiteradamente algo que se inventó, acaba por creérselo él mismo, esgrime una demencia en este punto concreto. Un loco es capaz de tener ocurrencias ingeniosas, ciertos pensamientos sensatos e incluso juicios acertados, mas no se atribuye validez alguna a su testimonio sobre acontecimientos pasados. En el *Lalita-vistara* [En sánscrito significa literalmente *Detallada exposición del juego (vital de Buda)*]. Dicho texto relata la penúltima existencia de Buda y la última, como Sakyamuni, hasta el momento de pronunciar su primer sermón.], la conocida biografía de Buda como Sakyamuni, se cuenta que en el momento de su nacimiento, en el mundo entero todos los enfermos sanaron, los ciegos vieron, los sordos oyeron y todos los locos *recobraron su memoria* [Cfr. *Rgya Tcher Rol Pa, o desarrollo de los juegos relativos a la historia de Buda Sakyamuni*, traducido al francés de la versión tibetana de Bkahhgyour y revisado a partir del original sánscrito pro Philippe Edouard Foucaux, 1848 (pp. 91 y 99)]

Mi propia experiencia de muchos años me ha llevado a conjeturar que la locura es relativamente más frecuente entre los actores. ¡Cuánto abusa esta gente de su memoria! Cada día tienen que aprender un nuevo papel o refrescar uno viejo, pero estos papeles, lejos de estar relacionados entre sí, a menudo se hallan en mutua contradicción y cada noche el actor se esfuerza por olvidarse de sí mismo, para ser alguien completamente distinto. Todo ello allana el camino hacia la locura.

La exposición del primer volumen sobre el origen de la locura se clarifica si uno recuerda cuán a disgusto pensamos en las cosas que vulneran fuertemente nuestro interés, nuestro orgullo o nuestros deseos, cuánto nos cuesta decidírnos a presentar esas cosas al intelecto para examinarlas cuidadosamente y cuán fácil nos resulta por el contrario obviarlas inconscientemente, mientras que las cuestiones agradables vienen de suyo a la mente y, si

uno se distrae, nos invaden de nuevo durante horas. En esta resistencia de la voluntad a consentir que la inteligencia ilumine cuanto le es adverso está el lugar por donde la locura puede irrumpir dentro del espíritu. El intelecto ha de asimilar cada nueva adversidad, esto es, asignarle un lugar en el sistema de verdades relativas a la voluntad y su interés, aun cuando pueda reprimir algo satisfactorio. Con ello esa adversidad resulta mucho menos dolorosa: pero esta operación misma suele ser penosa, por lo que sólo se verifica lentamente y de mala gana. Sin embargo, la salud mental consiste en que pueda consumarse correctamente. En cambio, si se da un solo caso donde la resistencia y obstinación de la voluntad a la asunción de un conocimiento logra que no se culmine esa operación, se sustraen por entero al intelecto ciertos sucesos o circunstancias porque la voluntad no puede soportar su visión y se llena arbitrariamente el hueco dejado en la necesaria conexión de las cosas, entonces comparece la locura. Pues el intelecto ha renunciado a su naturaleza para complacer a la voluntad y el hombre se figura ahora lo que no es. Con todo, la locura así originada se convierte ahora en el Leteo

[Lete, el olvido, es hija de Éride, la discordia, y da su nombre a una fuente, situada en los infiernos, donde bebían los muertos para olvidar su vida terrestre. Leteo es el nombre de un mítico río del mundo subterráneo que hace olvidarlo todo a quien se baña en sus aguas. Al final de la *República*, Platón se refiere a él como el río de las despreocupaciones. En el sexto libro de la *Eneida* Virgilio hace que las almas beban sus aguas para olvidar su anterior vida cuando vuelven a reencarnarse. Ovidio, en el segundo libro de las *Metamorfosis*, lo describe como un río que pasa junto a la cueva del Sueño, causando somnolencia con su murmullo.]

del sufrimiento insoportable: era el último recurso de la angustiada naturaleza, es decir, de la voluntad.

Mencionaré de pasada una notable confirmación de mi punto de vista. Carlo Gozzi, en *El monstruo turchino* (acto I, escena 2), nos presenta un personaje que tiene amnesia por haber bebido un filtro mágico: este personaje tiene toda la apariencia de un loco.

Con arreglo a lo expuesto, el origen de la locura puede ser considerado como un violento *quitarse de la cabeza* algo de una cuestión, lo que sólo es posible *metiéndose en la cabeza* algo relativo a otra. Más raro es el proceso contrario, o sea, *meterse en la cabeza* lo primero y *quitarse de la cabeza* lo segundo. Sin embargo, esto tiene lugar en los casos donde uno recuerda permanentemente la ocasión que le ha enloquecido y no puede librarse de ella, como v.g., en la locura del enamorado, la erotomanía, donde la ocasión le mantiene a uno completamente absorto, o también en la locura originada por el pánico ante un repentino acontecimiento atroz. Tales enfermos se aferran convulsivamente, por decirlo así, a los pensamientos concebidos, hasta el punto de que no se les ocurre ningún otro o cuando menos ninguno que se les oponga. Pero en ambos procesos permanece idéntico lo esencial de la locura, a saber, la imposibilidad de un recuerdo uniforme y coherente como el que está a la base de nuestra sana reflexión racional. Quizá el contraste de la génesis expuesto aquí, si se aplica con juicio, pudiera ofrecer un perspicaz criterio divisorio de la auténtica demencia.

Por lo demás, sólo he tomado en consideración el origen psíquico de la locura, o sea, la locura acarreada por circunstancias externas y objetivas. Pero muchas veces se debe a causas puramente somáticas, a defectos o desorganizaciones parciales del cerebro o de sus envolturas, así como también al influjo que otras partes enfermas ejercen sobre el cerebro. En esta segunda clase de locura es donde se dan principalmente las falsas intuiciones

sensoriales, las alucinaciones. Sin embargo, ambas causas de locura suelen participar la una de la otra, sobre todo la psíquica de la somática. Sucede como con el suicidio, que rara vez se ve propiciado únicamente por una circunstancia externa, sino que tiene como fundamento cierto malestar corporal y según el grado que alcance éste se requiere una ocasión externa mayor o menor; sólo en el grado máximo no precisa de ninguna. Por eso ninguna desdicha es tan grande como para inducir al suicidio a cualquiera y ninguna es tan pequeña como para no haberlo puesto alguna vez en esa tesitura. Según todas las apariencias, un gran infortunio puede generar una locura psíquica en un hombre sano. Al que ya está somáticamente predispuesto le basta la menor contrariedad para ello: recuerdo haber visto en un manicomio a un hombre que había sido soldado y que había enloquecido porque su oficial se había dirigido a él en tercera persona. Cuando la disposición corporal madura no se requiere pretexto alguno en absoluto. La locura debida a causas simplemente psíquicas también puede acarrear, merced a la violenta inversión del curso de los pensamientos, una especie de parálisis o alguna otra degeneración de alguna parte del cerebro, la cual se vuelve permanente si no se remedia pronto; de ahí que la locura sólo sea curable al comienzo, mas no pasado un largo tiempo.

Que no hay manía sin delirio, un frenesí sin demencia, lo afirmó Pinel, mientras que lo niega Esquirol [Jean-Etienne-Dominique Esquirol, autor de la obra mencionada titulada *Sobre las enfermedades mentales consideradas bajo un punto de vista médico, higiénico y médico-legal*, París, 1838], y desde entonces muchos han sido los argumentos tanto en pro como en contra. La cuestión sólo puede resolverse empíricamente. Pero si se diera realmente tal estado, quedaría explicado por el hecho de que aquí la voluntad se sustrae periódicamente por entero al dominio y a la guía del intelecto, o sea, a los motivos, con lo cual aparece como una fuerza natural ciega, impetuosa y destructiva, manifestándose como el afán de aniquilar todo cuanto encuentra en el camino.

La voluntad sin bridas se asemeja entonces al torrente que rompe el dique, al corcel que ha desmontado a su jinete, al reloj cuya maquinaria se desatornilla. Sin embargo, esa suspensión sólo concierne a la razón, o sea, al conocimiento *reflexivo*, mas no atañe al conocimiento *intuitivo*, pues de lo contrario la voluntad quedaría sin guía alguna y el hombre permanecería inmóvil. Antes bien, el maniaco percibe los objetos que rompe; también tiene consciencia de su obrar actual y luego recuerdo del mismo. Pero sin reflexión alguna, o sea, sin ninguna guía por parte de la razón, lo que le hace totalmente incapaz de meditar y tener en cuenta lo ausente, lo pasado y lo futuro. Cuando ha cesado el paroxismo y la razón recupera el dominio, ésta funciona normalmente, dado que su actividad no se ha trastornado ni deteriorado, sino que tan sólo la voluntad ha encontrado el medio de sustraerse por entero a ella durante un rato.